

EN EL NOMBRE DE
ROMA
JOSE BARROSO



Roma se desangra en mitad de una guerra civil contra los aliados itálicos. Los gobernantes corruptos se ven sucedidos por sanguinarios dictadores. Los enemigos se refuerzan, entablan alianzas y se toman libertades nunca antes conocidas por un senado incapaz de reaccionar. La ciudad del Tíber está a punto de caer en el caos justo cuando Sila acude al rescate.

Pero el anciano dictador es un sol que ya se pone; nuevos hombres emergen de entre sus alas, consiguiendo fama y acumulando poder sin esconder su ambición: Cicerón, Pompeyo, Craso, Clodio y, sobre todo, Julio César. Un gobernante eficaz, el mayor estratega militar de la historia, brillante escritor, amante, amigo..., pero también corrupto, despiadado en el campo de batalla y con un amor por el riesgo que pondrán en serio peligro su *dignitas*, *auctoritas* y el futuro de toda su familia.

Esta es la historia de Julio César.

*A mi madre,
en cuya fortaleza y ejemplo
me basé para confeccionar algunos de los
extraordinarios personajes femeninos de esta
novela.*

Prólogo

Año 648 ab urbe condita^[1].

Cirta^[2]. Provincia romana de Numidia^[3].

Cayo Mario observaba los lentos pero seguros movimiento de la anciana que accedía a la estancia. Iba ataviada con una especie de hatillo negruzco y sucio, llevaba un colgante festoneado con restos más o menos putrefactos de animales, que desprendía un repelente olor, y unas sandalias de esparto que parecían haber recorrido diez mil millas. Su cabello era completamente blanco, su faz presentaba profundas arrugas que más bien parecían cicatrices y sus finos labios eran la antesala de una cueva desdentada. Sin embargo, sus ojos negros eran vitales y despiertos. Parecía una pordiosera, pero su presencia hacía que todos se apartasen a su paso y la mirasen con admiración y cierta reverencia.

La anciana adivina Martha se había ganado el respeto de esclavos, porquerizos, labradores, comerciantes, soldados, patricios, nobles y reyes, con sus acertados designios y sus inequívocos pronósticos. Su fama había llegado a oídos del general romano, que la hizo llamar para conocer su futuro.

Adivina y militar se miraron de igual a igual.

—¿Tú eres la que se hace llamar Martha la adivina? — preguntó el general, divertido ante la presencia de la particular anciana.

—¿Has hecho llamar a muchas viejas extrañas hoy a tu residencia? —dijo Martha a modo de respuesta, mientras miraba al general con una ceja enarcada.

Cayo Mario soltó una carcajada buscando con su mirada a Lucio Cornelio Sila, su fiel amigo y principal legado militar.

Sila se adelantó unos pasos al resto de los presentes para observar de cerca a la anciana y miró a Mario encogiéndose de hombros.

—Poco mal puede hacerte —dijo divertido.

—No he dicho que vaya a hacerme mal alguno —respondió Mario con tono irónico y mirando con incredulidad a su ayudante.

Mario era un militar de raza. Seguro, altivo, de carácter fuerte y figura delgada aunque musculada. Sus pobladas cejas reducían los ya de por sí pequeños ojos oscuros, hasta hacerlos minúsculos, en un rostro huesudo y flanqueado por las arrugas que confiere la experiencia. Tenía una estupenda presencia a sus cincuenta y dos años, y su reciente consulado le había conferido aún más vitalidad.

Aquel consulado, aunque tardío, parecía haberle rejuvenecido.

El Senado del pueblo de Roma le encargó la pacificación de la provincia de Numidia. Mario prometió una campaña rápida y descarnada, pero le había costado tres años terminar de pacificar la zona y capturar vivo a Yugurta, su rebelde sátrapa.

El general había tenido que recurrir a la traición para capturarlo. Tras varios bandazos y algún golpe de suerte para el monarca, fue Sila en persona quien logró capturarlo tras urdir una treta con uno de sus principales colaboradores.

Mario, en público, concedía todo el mérito de la captura a Sila, aunque en privado narraba toda la serie de acontecimientos, vicisitudes de campaña y gestas militares que él

mismo había tenido que protagonizar hasta dar con el paradero de Yugurta.

Con el sátrapa cargado de cadenas en algún calabozo cercano, Mario envió una conveniente carta al Senado informando de su captura —en la que no se hacía mención alguna a Sila—, y se dispuso a disfrutar unos días de los privilegios y comodidades de los palacios de Cirta antes de volver a Roma. Entre estos privilegios, estaba la posibilidad de conocer el futuro lejano e inmediato de manos de aquella adivina tan pestilente como irreverente.

—¿Debes sacrificar a algún animal, mujer? Inicia tu rito, nos tienes en ascuas, por todos los dioses... —dijo Mario fingiendo interés y provocando alguna carcajada en la sala.

—Tan solo necesito ver el fondo de tus ojos —dijo ella sonriendo y dejando ver su absoluta ausencia de piezas dentales.

—¡¡Mis ojos te revelarán el futuro!! —gritó Mario con teatralidad moviendo los brazos por encima de la cabeza.

El general bajó la escalinata que lo separaba de Martha y arqueó su espalda hasta situar sus ojos a la altura de los de la anciana.

Ambos se miraron fijamente.

Martha poco a poco borró la sonrisa de su rostro y adoptó un gesto serio y concentrado.

—Dime, mujer, ¿seré censor?^[4] —preguntó el general.

—No, no lo serás —dijo ella con tono convincente—. Todos los consulados que restan en tu vida te dejarán sin tiempo para ocupar otros cargos.

—¿Más consulados? ¿Habéis oído? ¡Volveré a ser cónsul! —exclamó dirigiéndose a Sila y al resto de ciudadanos romanos de la estancia.

Algunos empezaron a aplaudir y prácticamente todos sonreían divertidos mientras Mario daba vueltas alrededor de la anciana con aire triunfalista.

—Julia disfrutará menos que tú de estos honores —dijo de repente la mujer sin mirar a Mario.

El general se detuvo en seco y pudo observar que, entre la algarabía y las risas, solo él había podido oír la nueva aseveración de Martha. Pidió silencio con las manos a su alrededor.

—¿Cómo sabes el nombre de mi mujer? —preguntó a la anciana incómodo.

Ella no respondió.

—¿Quién se lo ha dicho? —dijo Mario elevando el tono de voz y mirando a la sala mientras Martha esbozaba una ligera sonrisa.

—Ella opinará que son demasiados consulados para un solo hombre. Su familia es muy tradicional —insistió la anciana buscando de nuevo la mirada del general.

—¿Demasiados? ¿Es que serán más de dos? —preguntó el aludido dando la espalda a Martha.

—Serás cónsul siete veces, Cayo Mario —dijo ella impasible a las burlas.

Mario aún miraba al resto de los presentes, evidenciando en su rostro la molestia que le había provocado la filtración del nombre de su esposa.

—Siete veces... —repitió pensativo mientras se hacía el silencio en la sala.

De repente se volvió hacia la anciana dejando escapar una estentórea y exagerada risotada.

El resto de los presentes, más relajados, le imitaron.

—Siete veces. ¡Más que Fabio Máximo!^[5] —dijo Mario dejando de reír—, eso me convertirá en el romano más famoso de la historia.

Mario seguía mirando a Martha y a sus acompañantes, esperando la confirmación de la adivina a su última aseveración.

—No —dijo ella convencida—. El romano más famoso e importante de la historia será tu sobrino.

La adivina se quedó en silencio asintiendo con la cabeza tras pronunciar las últimas palabras.

—¿Qué sobrino? —preguntó Mario con repentino interés y borrando todo rastro de alegría en su tono y rostro.

—Eso tendrás que averiguarlo tú —contestó la adivina dando por concluida aquella particular sesión.

Ofreció su espalda al general y al resto de los presentes, y se encaminó lentamente hacia la salida provocando de nuevo aquel pasillo humano a su paso.

Mario volvió a reír, aunque con menos convencimiento, mientras la veía alejarse. Buscó a Sila con la mirada y negó con la cabeza incrédulo.



LIVIO DRUSO NERÓN. Se consideraba de mayor alcurnia, más dotado y mejor preparado para liderar la república.

No creía en la dictadura y consideraba que el gobierno debía residir en el Senado sin excepciones. La acumulación de poder del *dictator*, sus nombramientos a dedo y carentes de la más mínima garantía democrática se le hicieron insoportables y no encontró otra solución para apartarle del poder.



Roma.

Finales del año 87 antes de nuestra era.

Roma estaba sumida en el caos.

La negativa de la ciudad del Tíber a conceder a sus aliados de la península itálica los mismos derechos de los que gozaban los ciudadanos nacidos en el interior de las murallas Servianas, había provocado una suerte de confusa guerra civil entre dos contendientes que se necesitaban mutuamente para hacer frente a las amenazas exteriores.

Roma estaba ganando aquella guerra, pero conforme alcanzaba objetivos militares hacía concesiones administrativas a los derrotados. El mismo Senado que había enviado a sus ejércitos contra los que reclamaban más derechos concedía, precisamente, esos derechos tras derrotar a quienes los pedían.

Aquel despropósito, que derramaba sangre romana por doquier, estaba siendo liderado por dos militares: Quinto Cecilio Metelo Pío y el antiguo lugarteniente de Cayo Mario, Lucio Cornelio Sila.

El propio Mario había dirigido unas pocas tropas en la contienda con desigual resultado. En cualquier caso, Roma opinaba que el viejo general, apodado el zorro de Arpinum, ya había cumplido con creces sus deberes para con la república.

Mario había sido cónsul en seis ocasiones y fue nombrado tercer fundador de Roma tras su aplastante victoria unos años antes contra los germanos, que amenazaban con invadir la península itálica. Consiguió derrotar a un ejército formado por al menos un millón de aquellos germanos con

apenas setenta mil hombres y a pesar de mediar alguna traición en el Senado de la república.

La fama de Mario le había situado en la esfera de Escipión o Fabio Máximo, pero sus sesenta y nueve años le relegaron a un papel secundario en la presente guerra civil.

Mario no se conformaba con aquel papel y seguía esperando su oportunidad para volver a la primera línea militar y política romanas, y así conseguir el séptimo consulado que le había sido pronosticado.

Con la guerra civil a punto de concluir, con triunfo militar romano y victoria moral itálica tras conseguir el otorgamiento de buena parte de los derechos que reclamaban, apareció en escena Mitrídates VI del Ponto^[6].

Mitrídates era una recurrente amenaza para Roma que nunca terminaba de ser sofocada del todo: atacaba y se replegaba periódicamente; firmaba un tratado de paz que no tardaba en incumplir y, poco tiempo después, volvía a invadir algún territorio bajo influencia romana.

En esta ocasión, Mitrídates había aprovechado la guerra interna en la que se veía envuelta Roma para invadir la provincia de Asia y parte de Grecia, además de tomar buena parte de sus ciudades. El regente del Ponto no se anduvo con miramientos ni distinciones entre romanos e itálicos. Ejecutó a ochenta mil personas en menos de un mes, considerando que todos los itálicos eran romanos y promoviendo sobre sí mismo la imagen de que él era el libertador del yugo latino.

La noticia llegó a Roma cuando las hogueras de la guerra civil aún estaban humeantes y sirvió para que los dos bandos de la contienda se diesen cuenta de lo absurdo de la guerra que mantenían. Para el resto del Mare Nostrum, no había diferencias entre ellos. La súbita ausencia de tropas y vigilancia en las colonias griegas había provocado que los masacrasen por igual.

Ambos bandos firmaron un armisticio, tan solo ignorado por los itálicos samnitas, y el Senado se concentró en for-

mar y armar un nuevo ejército para dirigirlo contra Mitrídates.

Pero, además de reclutarlo, había que decidir quién debía dirigirlo.

Por supuesto, el zorro de Arpinum se presentó voluntario en medio de un inmediato e incesante murmullo de senadores escandalizados. Mario estaba a punto de cumplir setenta años y muchos tenían dudas sobre su salud mental. De lo que nadie tenía dudas era de que su edad le impediría dirigir aquella empresa con garantías. El general vio como perdía la votación para ser nombrado máximo responsable de la campaña y, en un giro que nunca había podido esperar, su lugarteniente y amigo, Lucio Cornelio Sila, se presentaba voluntario y le arrebatava la gloria.

Mario entró en cólera y juró venganza contra quien otra consideraba su amigo, pero el Senado percibió aquel vocerío como una pataleta de la vieja gloria que pasaría en unos días. Inviestió a Sila como cónsul y le concedió el mando de siete legiones.

Así las cosas, Metelo Pío quedó encargado de acabar con los despojos de la rebelión de los samnitas y Sila partió inmediatamente hacia Nola para embarcar con sus legiones al encuentro de Mitrídates.

Pero el zorro de Arpinum no estaba dispuesto a dejarse vencer tan fácilmente y convocó a la Asamblea de la Plebe^[7] para revocar el dictamen del Senado que le dejaba sin el mando efectivo de la guerra contra el rey del Ponto.

Tal y como esperaba, la asamblea formada por ciudadanos romanos de todas las clases sociales y sin el encorsetamiento senatorial no había olvidado al hombre que había salvado a Roma de la amenaza germana. En una votación con escasos precedentes en la memoria de la ciudad del Tíber, despojaron a Sila del mando de la guerra y se lo concedieron a Cayo Mario ante el estupor del Senado.

Cuando la noticia llegó a Nola, Sila ya había embarcado a cinco de sus siete legiones. Aun así, el cónsul volvió gru-

pas con las dos restantes y decidió marchar con dirección a Roma para preservar y restablecer sus derechos.

Nunca antes un general romano había atentado contra la propia Roma. Cayo Mario no dio credibilidad a los informes que decían que Sila se disponía a marchar sobre la ciudad y recuperar su *imperivm* por la fuerza.

Para cuando Sila asomó a las puertas de Roma, Mario había organizado una débil defensa formada por lictores, una milicia inexperta y un puñado de gladiadores más pendientes de su soborno que de su patriotismo.

El cónsul electo se atrevió a asaltar la ciudad y se paseó hasta el foro con dos legiones armadas hasta los dientes, prácticamente sin oposición. Mario consiguió huir *in extremis* junto con unos pocos fieles y se embarcó en el puerto de Ostia con destino incierto.

Sila se mantuvo en Roma el tiempo justo para restablecer sus derechos y hacer que el Senado declarase a Mario culpable de *perduellio*^[8] y le condenase a muerte. Dejó a dos de sus colaboradores, Cinna y Octavio Ruso, al mando de la ciudad y volvió a Nola para embarcar hacia Grecia y Mitrídates.

Cayo Mario estuvo a punto de ser capturado y ejecutado en varias ocasiones, pero siempre logró escapar. En un primer momento llegó a recalar en Sicilia, donde su gobernador, que era cliente y amigo del propio Mario, le pidió amablemente que continuase camino no sin antes abarrotar su navío de provisiones.

El zorro de Arpinum inició así un errático viaje por el norte de África en el que un día era recibido como un héroe y al siguiente se le conminaba a marcharse en función de las noticias que llegaban de Roma y que prohibían prestar ayuda a un traidor.

Finalmente acabó recalando en la isla de Cercina^[9] donde dio con dos legiones licenciadas de sus propios veteranos de la guerra contra los germanos.

El mismo Cayo Mario había concedido aquellas tierras a sus tropas tras licenciarlas al final de la guerra.

Aquellos legionarios retirados vivían ajenos a la vida política de Roma y la noticia de que su antiguo líder había sido ninguneado, insultado y condenado les hizo abandonar los campos de labor y tomar de nuevo las armas.

La repentina aparición de tropas animó a Mario a escribir al líder de los samnitas con intención de que se uniese a él y a su sobrino Quinto Sertorio que, como cuestor de la Galia^[10], estaba al cargo de una legión establecida en un conveniente campamento de invierno.

Tras su peligroso periplo africano y algún golpe de suerte, el zorro de Arpinum había encontrado apoyos y estaba listo para regresar triunfal a Roma.

Lo que no sabían los samnitas ni Sertorio, pero sí sospechaban ya las legiones de Cercina, era que el rumor de que su general había perdido la cabeza era mucho más que una historia interesada. Mario estaba loco y obsesionado con recuperar el poder y con alcanzar su séptimo consulado.



A excepción de Mario, Sila y Metelo Pío, Quinto Sertorio era el militar más dotado del que disponía Roma. Los cónsules títeres de Sila, Cinna y Octavio Ruso enviaron cartas a Sertorio animándole a unirse en aquella contienda al bando que representaban, pero este tenía un fuerte vínculo familiar y personal con Cayo Mario, y ni siquiera contestó aquellas misivas.

Sertorio levantó su campamento y se adentró en suelo itálico sin pensarlo dos veces. Con Metelo Pío concentrado en vigilar y contener a los samnitas, no encontró la más mínima oposición hasta las mismas puertas de Roma. Ocupó la única zona preparada para albergar un campamento mili-